

Quién que la alarma fué falsa, presume;  
Quién teme que los moros invasores  
Dueños son de la villa... todos ansian  
Que el escudero explorador retorne.

Al cabo de gran rato, á toda rienda  
Le ven llegar, y en su reedor se ponen;  
Y él refirió, que veinte Sarracenos  
El rebato causaron y el desórden;

Mas que luégo se supo que venian  
De paz, y con amigas intenciones,  
A ver á Gustios, al señor de Lara,  
Y que con él y con algunos nobles

Quédaban en su alcázar encerrados.  
Calló, suspenso con la nueva, el Conde,  
Y de curiosidad extraña llena  
Su comitiva se mostró. Cubrióse

La frente de Velazquez de una nube,  
Ardió un rayo infernal en sus traidores  
Ojos, y con voz ronca y fiero orgullo  
Así á Fernan-Gonzalez dirigióse:

«Ya lo escuchais, señor: mirad ahora  
Si eran tan infundadas las razones  
Por que me opuse á la bondad incauta  
Con que á Gustios sacasteis de la torre,

»Que debiera haber sido su sepulcro.  
Porque conozco el corazon del hombre,  
Y que el de ese infeliz es la guarida  
De la loca ambicion y las traiciones;

»Que le dejaseis aherrojado quise,  
Como deben estar tigres feroces.  
Vos despreciasteis mi experiencia... vedle  
Apénas libre, aunque tan viejo y torpe,

»La antigua trama renovar. Miradle  
Por los inieles, del cristiano nombre  
Constantes enemigos, visitado;  
Y ya tal vez el pérfido dispone

»Y traza de Castilla el exterminio,  
Cual lo trazó ayudado de traidores,  
Cuando sin esta espada y este brazo  
El trono vuestro no existiera.»— El Conde,

Que con frente ceñuda le escuchara,  
Con amarga sonrisa respondióle:  
«Tal vez será inocente la visita  
Que hacen los Sarracenos á ese pobre

»Y ciego anciano: á consolarle puede  
Que ya amigos, ya viejos servidores,  
Que allá en Córdoba tuvo, vengan sólo:  
Sospechas no son pruebas.» Asustóse

Velazquez, ya coloso á quien flaquea  
Por el cimientto la cuadrada mole  
En que la planta estriba, y encubriendo  
Su turbacion, contesta: «Se conoce

Que os ciega la bondad por Gustios Lara;  
Que la experiencia os falta, y que sois jóven.  
¿Inocente juzgais esta consulta  
De los moros con él?... Exploradores,

»Satélites infames son sin duda  
Del infame Almanzor.»— Escandecióse  
El señor de Castilla, así escuchando  
Dar de infame á Almanzor el sobrenombre.

Admiraba á aquel héroe sarraceno,  
Aunque infiel y enemigo, allá en su noble  
Pecho de ser rival de sus hazañas  
Nutriendo la ambicion; y así responde

A Velazquez: «Si acaso son espías,  
Si enemigos cubiertos y traidores  
Esos moros, que á Salas han venido,  
A fe de caballero y por mi nombre

»Te juro, que serán esclavos viles  
De tu amigo Giafar, no servidores  
Del glorioso Almanzor.»— Desconcertado  
Velazquez más y más, su faz cubrióse

De amarillez siniestra; pero al punto  
Con labio balbuciente replicóle:  
«De Giafar ó Almanzor, sólo paganos,  
De Castilla enemigos á esos hombres

»Contemplo; y como á tales, anatema  
Sobre ellos, sus parciales y fautores  
Debe al punto caer. Señor, permite  
Que vaya, y por mí mismo me cerciore

»De sus intentos, sorprendiendo á Lara,  
Mientras con ellos conferencia acorde;  
Y dejad á mis años y experiencia  
El que segun las circunstancias obre,

»Como al bien de la fe, y al del Estado,  
Y al de vuestra persona más importe.»—  
Dijo, y sin esperar respuesta alguna,  
A partir para Salas se dispone;

Pero Fernan-Gonzalez le detiene,  
Diciendo: «Iré con vos;» y da la orden  
A cuantos le circundan, de seguirle,  
Poniendo al punto su caballo á trote.

Todos le obedecieron silenciosos;  
Cruza la cabalgada por el bosque,  
Y Velazquez confuso, despechado  
En pos de su señor, y mudo corre,

Cual demonio que atado á los conjuros  
De un mago bienhechor, tras él veloce  
Va, á su pesar, á deshacer la trama,  
De que se prometió daños enormes.

Al entrar en la villa el Soberano,  
Alegre el pueblo prorumpió en las voces,  
Que del palacio del señor de Lara  
Llenó los patios y altos corredores;

Y á poco del salon, donde el anciano  
Con el hijo, el amigo y servidores,  
Todos sus infortunios olvidaba,  
La doble puerta con estruendo abrióse.

Tras de seis ballesteros y dos pajes  
Entró gallardo de Castilla el Conde,  
En su talle gentil y faz hermosa  
Mostrando el temple de su pecho noble.

Un sayo carmesí de oro bordado,  
Una ancha cuera recamada, y sobre  
El pecho un primoroso talabarte  
Con castillos de plata por botones,

Una ligera toca de velludo  
Adornada de plumas de colores,  
Y de piel de pantera las abarcas,  
Eran el traje del augusto jóven.

Un venablo empuñaba con la diestra,  
Y con su cascabel y capirote  
En el puño siniestro sustentaba  
Un fiero azor. Algunos ricos-hombres

Entraron en pos de él, y Rui-Velazquez  
Con aspecto feroz y altivo porte;  
Pero al poner en el salon la planta,  
Quedó cual asesino, que en el monte

De su víctima encuentra de repente  
El vengador espectro á media noche.  
—Gustios de Lara, entrambos sarracenos,  
Y los hidalgos, al entrar el Conde,

Quedaron en silencio respetoso;  
Y el ciego anciano del sillón alzóse,  
Por Nuño y por Mudarra sostenido.  
Fernan-Gonzalez calla, y reconoce

Con penetrantes ojos en un punto  
Cuanto le cerca. El venerando y noble  
Aspecto admira del señor de Lara,  
Con honda compasion; del moro jóven

El abierto semblante y gallardía,  
Con vehemente interés; el grave porte  
Del moro anciano, con respeto; y halla  
En los hidalgos conocidos nombres

De lealtad y valor. Con suave acento  
Así el silencio que reinaba, rompe:  
«¿Qué es esto, Gustios Lara?... Estos inieles  
¿Con qué objeto, decid, con qué intenciones

»A Salas han venido?» El ciego ilustre,  
Con gran respeto, la firmeza noble,  
Que es sólo propiedad de la inocencia,  
Dejando ver, tranquilo respondióle:

«Que estoy en la presencia soberana  
De mi señor, del castellano Conde,  
Me dicen las preguntas que he escuchado:  
Él solo puede hacérmelas; y pone

»En su punto la santa Providencia  
Hácia mí, desdichado, sus favores,  
Trayéndole á este alcázar en el dia,  
En que piadosa y justa me socorre.



»Esto es, señor, que el brazo del Eterno  
Siempre da á la inocencia vengadores,  
Y que por más que la maldad tolere,  
Al fin las tramas del inicuo rompe.

»De estos huéspedes son, pues lo preguntas,  
El objeto y las altas intenciones  
El pediros justicia, reclamando  
La honra y la fama de mi antiguo nombre;

»Y lanza á lanza, á todo trance, á muerte,  
Con el inicuo acusador, que ose  
Sustentar las calumnias que me han hecho  
El más desventurado de los hombres,

»Combatiendo con prueba irresistible,  
Con la prueba de sangre, que responde  
Siempre al juicio del cielo, mi inocencia  
Hacer patente y mi lealtad al orbe.

»De los dos el anciano es Zaide, Zaide...  
Basta nombrarle; España le conoce:  
Y este mancebo cordobés, ¡MI HIJO!  
Sangre de Lara por sus venas corre.—

Gran conmocion, sorpresa, mudo asombro  
Pintaron actitudes y facciones,  
Oyendo tal, de pajes, ballesteros  
Y magnates del séquito del Conde.

Este quedó cual suele el que perdido  
Por intrincada selva en negra noche,  
Al resplandor de inesperada lumbre  
El camino anhelado reconoce;

Y Velazquez, que al punto en que la planta  
Puso en la estancia aquella, yerto, inmoble  
Clavó en tierra la vista, y que al momento  
Que Lara empezó á hablar, estremeciósse,

Todos sus miembros el temblor mostrando  
Que las hojas del álamo en el monte,  
Cuando le da una ráfaga de viento;  
Apénas pronunciar á Gustios oye,

*Este es mi hijo*, levantó los ojos  
(Hubiera dado su existencia entónces,  
Por que del basilisco el fiero influjo  
Tuvieran), enclavólos en el jóven,

Y vió una aparicion, viendo la imágen  
De Gonzalo. Su sangre toda helóse,  
Se le erizó el cabello, un alarido  
Lanzó que hizo tronar los artesones.

Diz que la garza, que orgullosa al aire  
En la region suprema cruza y rompe,  
Burlando altiva con ligero vuelo  
La destreza y furor de los azores,

Cuando aquel que ha de darle cruda muerte,  
Del puño parte, al punto lo conoce  
Por un instinto peculiar, y asorda  
Las altas nubes con dolientes voces.

—Aquel momento de sorpresa y pasmus  
Universal no pierde Zaide, y corre  
A Mudarra, á quien tiene prevenido  
De antemano con sábias instrucciones;

Y le anima, y le impele por la espalda  
Hácia las plantas del gallardo Conde,  
Al cual de esta manera con despejo  
Habló, doblando una rodilla, el jóven:

«Inclito soberano de Castilla,  
A quien los cielos de ventura colmen:  
Gonzalo Gustios, el señor de Lara,  
Víctima de malvados y traidores,

»Es mi padre: mi madre fué Zahira,  
Hermana de Almanzor. La sangre noble,  
Que arde en mi pecho, restaurar me manda  
De mi familia el mancillado nombre;

»Y vengo á vuestras plantas, la inocencia  
Y la lealtad á demostrar al orbe  
Del que me ha dado el ser, del padre mio,  
Con la prueba de sangre. En vuestra corte

»Está el acusador, está el aleve,  
Que con calumnias bárbaras y atroces,  
De vuestro antecesor la alta justicia  
Sorprendió con engaños y traiciones.

»Rui-Velazquez se llama; yo le emplazo  
A combate de muerte. Egregio Conde,  
No me podeis negar campo seguro  
Dentro de vuestras tierras, si conforme

»A las leyes reinais, y yo os lo pido.»—  
No dijo más el agitado jóven:  
Quedó en silencio la espaciosa cuadra,  
De Velazquez la estrella oscurecióse.

El más vivo interés, el entusiasmo  
Más puro en la actitud y en las facciones  
Del gran Fernan-Gonzalez relucieron;  
Simpatizando con el alma noble

De Mudarra la suya. Y envidiando  
Casi tal ocasion de alto renombre  
Conseguir, combatiendo con justicia,  
Por la virtud hollada, respondióse,

Teniendo que esforzarse y contenerse,  
Por no echarle los brazos: «Corresponde  
A la sagrada obligacion de hijo  
A su padre vengar, y á todo coste

»Aclarar su inocencia. Vuestro intento  
Es heróico y es santo; pero, jóven,  
Ved que aquel que se arroja temerario  
A la alta empresa de mostrar al orbe

»Los júicios de Dios, si muy seguro  
No está de la verdad ¡qué horror! se expone  
A que el cielo confunda su osadía.  
Campo seguro me pedís, conforme

»A los usos y leyes de mi estado;  
Yo os le concedo en medio de mi corte,  
En la plaza de Burgos. Mas primero  
Diga vuestro contrario, qué responde:

»Rui-Velazquez, hablad.»—Al oir Mudarra  
De su enemigo pronunciar el nombre,  
Y al mirarle salir de entre la turba,  
Lanza un ronco alarido, en pié se pone,

Y pálido y temblando, «¡Qué...! ¡Aquí estaba!  
¡Y en mi presencia!... ¿y vive?» grita, rompe  
El albornoz, y al puño del alfanje  
Lleva la diestra. Zaide se interpone,

Y le arrebató, y le retira, y dice:  
«¿Qué vas á hacer, mancebo?»—Levantóse  
Rumor sordo y confuso, semejante  
Al subterráneo aterrador que se oye

Antes de un terremoto; y todos clavan  
Los ojos en Velazquez, que del Conde  
Aparece á la voz, como el cadáver  
Que obediente al conjuro, en pié se pone.

Dejóse en medio ver, y cuando advierte  
Que la atencion universal absorbe,  
De su altivez sacando nuevo brio,  
Dominarse logró (que era al fin hombre

Endurecido en crímenes, valiente,  
Y á mandar avezado), y á su porte  
Dando tranquilidad, y á su semblante  
De sardónica risa los colores;

Enmascarando su furor, cual vemos  
Allá en Sicilia al empinado monte  
Con engañosa faz de helada nieve,  
Negar que en sus entrañas fuego esconde;

«Si es cosa extraña, con desprecio dijo,  
El que escuches las necias pretensiones  
De ese loco rapaz, aún más extraño  
Es, señor, que me llames y provoques

»Para darle respuesta. ¿Por ventura  
De Castilla han de estar los ricos-hombres  
A la disposicion de advenedizos,  
Y á la merced de viles impostores?

»Mira por tí, señor, y sin tardanza  
Da á tus armados ballesteros orden  
De que á esos dos infieles sospechosos  
De los confines de Castilla arrojen.»—

Grito de indignacion sonó en la cuadra:  
Quedó Velazquez como escollo inmoble,  
Y Zaide adelantando algunos pasos,  
De esta manera con reposo hablóse:

»¿Aún de insultar al cielo no te cansas?  
¡Ay, que apresta sus rayos vengadores!...  
Me llamas impostor; ¿cuándo lo he sido?...  
Mírame, Zaide soy... Bien me conoces.

»Llamas advenedizo á este mancebo...  
Y ¿por qué de mirarle, aunque lo escondes  
Con mentido desprecio y falsa risa,  
Tiemblas y te confundes?... ¿Sus facciones



»Las de una de tus víctimas te copian?...  
Hijo es de Lara, sí: con mudas voces  
El cielo te lo dice; hijo es de Lara,  
De Lara, el inocente, y de la noble

»Hermana de Almanzor.—Astuto moro,  
Furibundo Velazquez atájole:  
De una infiel y un traidor el hijo sea;  
Mas te engañas, si piensas corresponde

»Con un bastardo vil medir su lanza  
A un caballero de mi sangre y porte.»—  
Nuevo rumor de indignación resuena;  
Del terremoto es ya. Los servidores

De la casa de Lara están á punto  
De atropellar por todo, los estoques  
Y dagas requiriendo; cuando el ciego,  
Por Nuño dirigido, va del Conde

A arrojarse á las plantas, y lanzando  
Gemidos, que los mármoles y bronce  
Pudieran conmover, «¡Señor! exclama,  
Miente quien de bastardo le da el nombre.

»Es mi hijo natural, que yo era libre.  
Libre su madre.—Enternecido el Conde,  
Y yo le legitimo, como puedo  
Cual señor soberano, respondióle;

»Y aquel ceremonial con que en Castilla  
Pueden reconocer los ricos-hombres

(32) Cualquiera que haya recorrido á España, habrá visto la abundancia de estatuas romanas que se encuentran, más ó menos destrozadas, y que sirven de postes, sillares y cantoneras. Recuerdo que en Carmona hay á la puerta de un meson, empleado como poyo, un cónsul de mármol boca abajo; y durante la guerra de la independencia vi en un pueblo de Castilla otros tres empotrados en la pared de la iglesia, á los que llamaban *los santos patronos*. Ni hay que extrañar estas equivocaciones piadosas, cuando en la misma Roma llaman *Pasquino* á una estatua de Ajax, y *San Pedro*, en el Vaticano, á un Júpiter capitolino.

Por-buenos á sus hijos naturales,  
Os autorizo á celebrar.» Entónces

Rui-Velazquez, espíritu maligno  
A quien compele, apremia, liga y pone  
En el último trance el exorcista  
Con la cruz santa y santas oraciones;

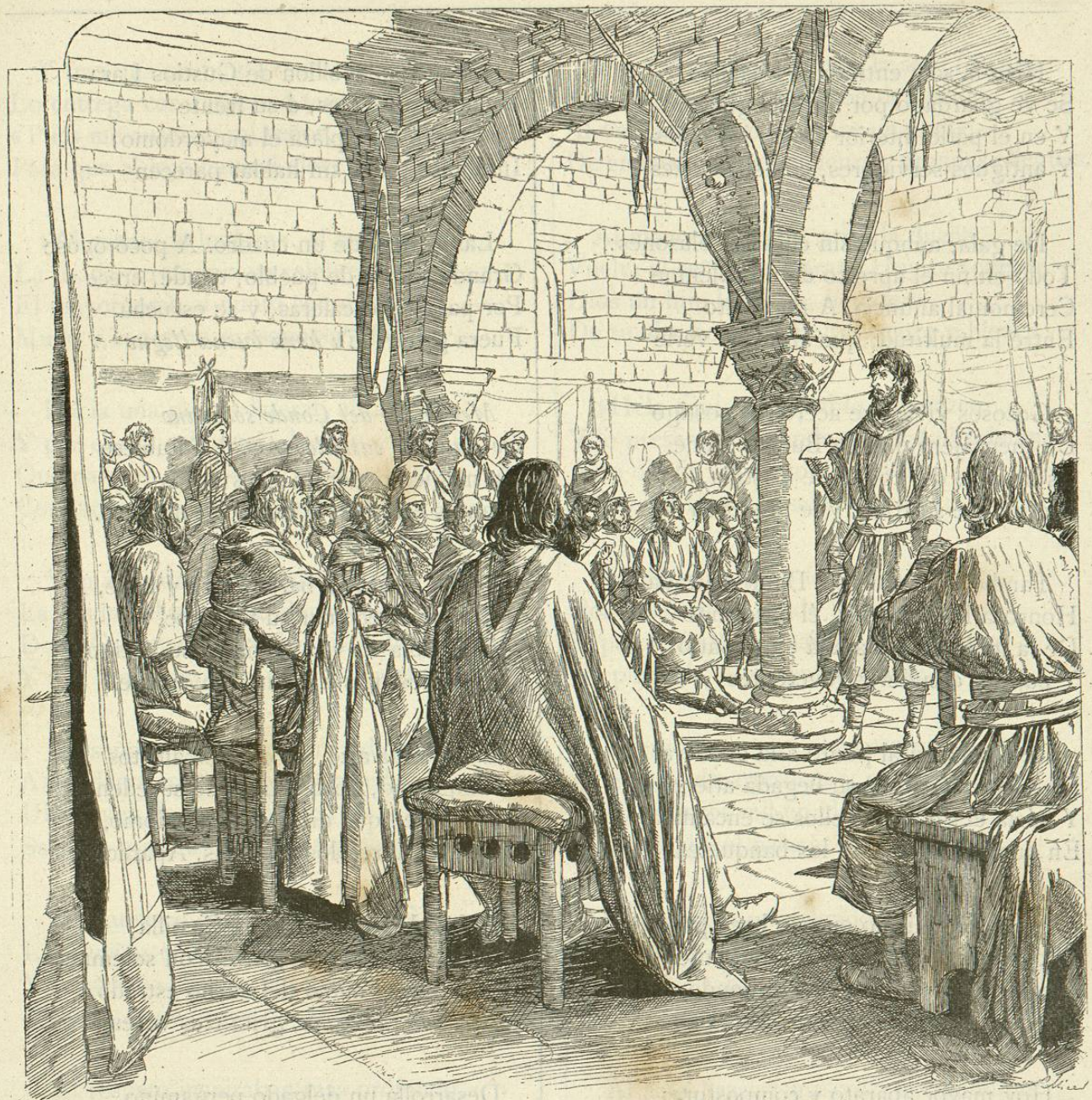
De espantosos relámpagos la lumbre  
Dió á sus ojos siniestros y feroces,  
Y ahogado de terror, tornado en Furia,  
Así gritó con voz agria y discordé:

«Legítimo ó bastardo, ¿qué me importa?  
Perezca, pues el cielo me lo pone  
En las manos. Acepto el desafío:  
Dentro de un mes, en medio de la corte,

»En la plaza de Burgos, con mi lanza  
Te daré la respuesta, incauto jóven.»  
Dijo, y desapareció con sus secuaces:  
Al punto de caballos el galope

Afirmó su partida: cuantos cercan  
Al ciego Lara y al augusto Conde,  
Quedaron en el ancho desahogo  
Con que respira turba de pastores,

Si el meteoro aterrador, que acaso  
Angustiada la tuvo larga noche  
Con su infausta presencia, se disipa,  
O al occidente rápido traspone.



### ROMANCE OCTAVO

Meteldo por la manga, y salirseos ha por el  
cabezon. *Proverbio antiquísimo.*

Sobre si bebe poquito,  
O sobre si sobrebebe,

Hubo mientes como el puño,  
Hubo puño como el mientes,  
Diluvio de sombrerazos,  
Granizada de cachetes.

QUEVEDO, *Musa IV.*

De la villa de Salas el palacio  
Contraste singular y extraño ofrece:  
De su fachada principal se elevan  
Afrentadas y ciegas las paredes,

Y las macizas torres, dominando  
Una desierta plaza, donde crecen  
Bastarda yerba y cardos espinosos  
Sobre helados fangales y entre nieves;

Miéntras los toscos muros de la espalda,  
Hoy adornados con guirnaldas verdes,  
Señorean gozosos un espacio,  
Que si un tiempo corral, ora aparece

Escombrado, regado con arena,  
Y ocupado en reedor por turba alegre  
De bullicioso pueblo. Y el postigo,  
Aquel postigo humilde, que la suerte